



## LA PRIMERA COMPETENCIA

DE LA AUTORIDAD ECLESIAÍSTICA CON LA CIVIL  
EN LA AMÉRICA



### I

Los escritores españoles, historiadores i teólogos, juristas i poetas, proclaman en todos los tonos que los reyes católicos favorecieron los planes de Cristóbal Colon, no tanto por estender sus dominios o acrecentar sus riquezas, quanto por procurar la propagacion de la lei evanjélica i la salvacion de las almas.

Lo que esos monarcas quisieron acometer, si hubiéramos de prestar crédito a sus panejiristas, fué una conquista espiritual, mas bien que temporal.

A pesar de tal aseveracion, la historia suministra numerosas e irrefutables pruebas para demostrar que tan santos propósitos fueron con frecuencia olvidados, i que los castellanos apar-

taron a menudo los ojos del cielo a fin de fijarlos solo en la tierra.

Desgraciadamente, la caridad aparece en esa grandiosa i heroica empresa muchas veces suplantada por la ambicion, por la codicia, por la lujuria, por la crueldad.

Sin embargo, preciso es confesar que los soberanos i algunos de sus consejeros i agentes estaban animados por el deseo sincero de incorporar en el gremio de la iglesia católica a los indíjenas del Nuevo Mundo.

Anhelaban el oro i el poder; pero juntamente el triunfo de la verdadera fe.

El insigne Colon, ha espresado, en la especie de himno con que termina la carta escrita por él en 25 de abril de 1493 al tesorero don Rafael Sánchez, este doble objeto del portentoso descubrimiento llevado a cabo por su jenio.

«El rei, la reina, los príncipes i sus reinos felicísimos, como toda la cristiandad, tributen a nuestro Salvador Jesucristo, que nos concedió tal victoria i próspero suceso. Celébrense procesiones; háganse fiestas solemnes; llénense los templos de ramas i flores; gócese Cristo en la tierra, cual se regocijó en los cielos, al ver la próxima salvacion de tantos pueblos, entregados hasta ahora a la perdicion. Regocijémonos, así por la exaltacion de nuestra fe, como por el aumento de bienes temporales, de los cuales, no solo habrá de participar la España, sino toda la cristiandad.»

Despues del primer viaje, Colon llevó a la Península, para muestra de la jente que en ellas habia, seis naturales de las regiones recién descubiertas.

Don Fernando de Aragon i doña Isabel de Castilla determinaron ofrecer a Dios, como primicias de las almas que se proponian sujetar a la lei divina, el bautizo de aquellos infieles.

La ceremonia se celebró en Barcelona con pompa estraordinaria.

Se queria con esto hacer constar que el principal objeto i la mayor ventaja del descubrimiento era el sustraer al imperio del demonio un tan gran número de jentiles.

Los reyes i el infante primojénito don Juan tuvieron la bondad de servir de padrinos.

Uno de los indios recibió el nombre de Fernando de Aragon. Otro, el de Juan de Castilla.

Los dos fueron autorizados para usar *don*.

Se decidió que los cuatro restantes volviesen a su país para que ayudasen a la enseñanza relijiosa de los suyos.

Aunque el indio don Juan de Castilla fué tratado con particular esmero i regalo en casa del príncipe heredero, falleció dos años mas tarde.

Segun el cronista Antonio de Herrera; debemos presumir piadosamente haber sido aquel don Juan, el primer americano que entró en el cielo.

La solemnidad i la importancia que los reyes católicos dieron al bautizo de los seis indíjenas conducidos por Cristóbal Colon, manifiestan que esos soberanos estaban empeñados por atribuir un carácter relijioso a la esploracion i ocupacion de las nuevas comarcas halladas en medio de la inmensidad del océano.

La verdad era que, junto con buscar afanosamente el provecho mundanal i pasajero, aspiraban tambien, en cuanto fuera posible, a asegurar la felicidad eterna de los bárbaros idólatras que residian en esas tierras ignotas i lejanas.

I efectivamente: el catequismo de los dichos hombres era la única condicion con la cual el papa Alejandro VI habia adjudicado a don Fernando i doña Isabel, por la famosa bula *Inter cætera Divinæ Majestatis*, fecha 4 de Mayo de 1493, "por mera liberalidad, i de cierta ciencia, i de plenitud de poderío apostólico", las islas i tierras firmes que se descubrieren al occidente i mediodía, con tal que no estuvieran poseídas por algun príncipe cristiano ántes del dia de natiidad próximo anterior.

En el primer viaje, Cristóbal Colon no habia llevado consigo a ningun sacerdote.

Para cumplir con sus propósitos, i con las recomendaciones de la Santa Sede, los reyes españoles tuvieron especial cuidado de que en el segundo sucediera una cosa completamente diferente.

El pontífice habia mandado a estos monarcas, en la bula ántes recordada, el que enviasen a las nuevas islas i tierras firmes "hombres buenos, temerosos de Dios, doctos, sabios i espertos para que instruyesen a los naturales i moradores en la fe cató-

lica, i les enseñasen buenas costumbres, poniendo en ello toda la diligencia que conviniera».

Don Fernando i doña Isabel resolvieron obrar en esto exactamente como Alejandro VI se lo habia encargado.

A fin de acertar mejor, suplicaron a Su Santidad el que tuviera a bien instituir un vicario apóstólico con amplias facultades; i le propusieron para tan delicada prelación a un fraile catalán de costumbres irreprochables i de talentos mui ponderados, cuyo nombre era Bernardo Buil o Boil, que se habia distinguido en ciertas negociaciones diplomáticas, i que se habia adquirido el aprecio del rei Fernando.

Accediendo a esta presentacion, el papa confirió en 7 de Julio de 1493 el título de vicario apóstólico al mencionado padre Boil.

Los reyes católicos «mandaron (dice frai Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*) proveer de ornamentos para las iglesias, de carmesí, mui rico, mayormente la reina doña Isabel, que dió uno de su capilla, el cual yo vi, i duró muchos años, mui viejo, que no se mudaba o renovaba por tenerlo casi por reliquias por ser el primero i haberlo dado la reina, hasta que de viejo no se pudo mas sostener.»

La segunda expedicion para la América zarpó del puerto de Cádiz el 25 de Setiembre del mismo año.

Iban en ella los representantes de las autoridades civil i eclesiástica.

El de la civil era el almirante Cristóbal Colon, que llevaba a sus órdenes diez i siete naves i mil quinientos hombres.

El de la eclesiástica era el vicario frai Bernardo Boil, que conducia a doce sacerdotes, i que iba armado con amplias facultades pontificias para fulminar censuras, excomuniones o entredichos, i para conceder todo linaje de dispensas i absoluciones.

Habria parecido imposible que ocurrieran diverjencias serias entre los representantes de dos autoridades que, aquella vez a lo ménos, procedian con el mas perfecto acuerdo, i que se encaminaban a un término comun con la mas completa unidad de miras.

I habria sido de presumirlo así, sobre todo atendiendo a la

adhesion profunda i rendida que Cristóbal Colon profesaba a la iglesia católica.

El almirante era, como se sabe, algo mas que uno de tantos fieles ortodoxos i observantes.

Podia calificársele entre los devotos mas escrupulosos i austeros.

Era una especie de iluminado, que en sus tribulaciones oia voces sobrenaturales.

Su santidad fué tanta, que varios escritores católicos pretenden que hacia milagros.

A la vuelta del segundo viaje, anduvo públicamente por las calles de Sevilla con el hábito de San Francisco i la cuerda de la órden seráfica ceñida a la cintura.

Hacia los votos mas fervorosos para que las rejiones que habia descubierto no fuesen jamas holladas por otras plantas, que las de un católico apostólico romano.

Estaba decidido a emplear todas las riquezas que sacara de la América en el rescate del sepulcro de Jesucristo i de los santos lugares, a fin de sujetarlos a la soberanía del papa.

El célebre predicador Ventura de Ráulica ha tenido fundamento para decir que "Cristóbal Colon es el hombre de la iglesia."

Un literato frances, católico i ultramontano, Mr. Roselly de Lorgues, ha dado a la estampa una obra bastante curiosa en dos volúmenes, en la cual se esfuerza por probar que Cristóbal Colon fué un santo, i que su imájen merece ser colocada en los altares.

I debe saberse que la Sede Romana ha juzgado esa proposicion mui digna de ser considerada, i que últimamente ha estado tratando acerca de la canonizacion del esclarecido navegante jenoves, que supo descubrir un nuevo mundo.

Con tales antecedentes, i en tales circunstancias, habria debido parecer estremadamente improbable el que sobreviniera un conflicto cualquiera entre las autoridades civil i eclesiástica.

Si alguna vez los dos cuchillos hubieran podido estar cómodamente en la misma vaina (valiéndome de la espresion de un antiguo oidor de Chile), habria sido en el presente caso.

Pero, a pesar de todo, aconteció precisamente lo contrario, lo inesperado, lo sorprendente.

Así, desde el primer día, puede decirse, en que los representantes de las autoridades civil i eclesiástica estuvieron en la América frente a frente, trabaron las mas estrepitosas competencias.

## II

Al regresar Colon a la Península despues del primer viaje, habia dejado en la Española un fuerte con una guarnicion de treinta i nueve hombres a las órdenes de uno de sus capitanes.

Cuando tornó a la isla, no halló mas que los escombros del edificio, los cadáveres de sus guardadores, i los restos despedazados de los vestidos que habian llevado o de los utensilios que habian usado.

Los hombres habian perecido de muerte violenta.

Las propiedades habian sido saqueadas.

Todo habia sido destruido, i furiosamente destrozado.

Colon, en el primer viaje, habia contraído estrecha amistad con el cacique de la vecindad, llamado Guacanagarí.

Asaltó a los españoles que vinieron en la segunda espedicion una duda mui natural.

Guacanagarí, ¿estaba complicado o nó en la ruina del fuerte, i en el esterminio de la guarnicion?

El cacique hizo que se dijera a Colon haber sido los cristianos atacados por otros de los jefes indíjenas, i haber él acudido a la defensa de ellos sin conseguir salvarlos.

Presentaba como comprobantes de estas aserciones sus propias habitaciones robadas i quemadas, i las cicatrices de heridas recientes causadas por armas indíjenas, que sus guerreros mostraban en los cuerpos.

Agregaba que él mismo no podia andar, ni moverse de su casa, porque en uno de los combates contra los agresores, una de sus piernas habia sido lastimada.

Con el designio de recojer noticias acerca del desastre, i de formar juicio sobre la comportacion de Guacanagarí, el almirante i el vicario apostólico, acompañados de una numerosa i lucida comitiva, pasaron en persona a hacerle una visita.

El cacique estaba acostado en una hamaca de algodón colgada en medio de la pieza.

Manifestaba real o finjidamente que no podía menearse.

Después de haber recibido a Colon i a los suyos con todas las apariencias de mucho afecto i respeto, les refirió en un prolijo discurso, con tono doliente i lágrimas en los ojos, la catástrofe i sus distintas peripecias; i espresó del mismo modo el profundo sentimiento que tan lamentable desgracia habia producido en su ánimo.

Colon llevaba entre sus acompañantes al médico de la expedicion don Diego Álvarez Chanca, i a un cirujano de armada.

— Hé aquí unos sabios en las enfermedades de los hombres, dijo presentándolos a Guacanagarí. Permite que vean tu herida para que la curen.

— Consiento en ello, contestó el indio.

— Seria conveniente, si fuera posible, que el enfermo saliera fuera de la casa, porque con la mucha jente que hai aquí, no tenemos la suficiente luz para ver bien, observó el doctor Chanca.

Habiendo Guacanagarí bajado de la hamaca con dificultad, salió de la habitacion, andando lentamente i con tropiezo, apoyado en Chanca, que le sostenia.

Algunos creyeron percibir que el indio se prestaba de mala gana a la operacion.

Quizá fuera aprension.

Los dos médicos descubrieron la parte que se suponía dañada.

Guacanagarí afirmó que lo que tenia era una contusion inferida por una pedrada; i que esa contusion le producía dolores muy agudos.

No obstante, los dos doctores declararon que, a la vista, no se notaba lesion alguna; i que las dos piernas aparecian igualmente sanas.

El resultado de este reconocimiento confirmó al padre Boil en la idea que habia concebido de ser aquel cacique el promotor de la matanza de los castellanos i de la destruccion del fuerte.

En consecuencia, propuso con calor el que se inflijiese a tan desleal enemigo una pena ejemplar que aterrorizase i escarmentase a los de su ralea.

Aunque el piadoso Colon guardaba al delegado pontificio toda especie de consideraciones en atención al elevado cargo eclesiástico que ejercía, estaba muy distante de llegar hasta la abdicación de la razón i el renunciamiento de la voluntad, como lo habría querido el soberbio prelado.

Sin duda, como católico humilde, era capaz de llevar en público la cuerda de San Francisco; pero como gobernante, sabía lo que le correspondía.

Habiendo creído que el dictámen del padre Boil era desacertado, espuso con franqueza los motivos que en su concepto lo hacían inadmisibles.

El almirante pensaba que el asunto era demasiado oscuro.

Si había indicios que acusaban a Guacanagarí, había otros que le absolvían.

Varios de los principales i más sensatos individuos de la expedición participaban de la misma opinión.

«Las razones equívocas, dice el doctor Chanca en una carta que debió ser redactada a fines de enero de 1494, nos han traído a todos tan ofuscados, que hasta ahora no se ha podido saber la verdad de la muerte de nuestra jente.»

Prescindiendo de la falta de certidumbre, Cristóbal Colon juzgaba que, en todo caso, la prudencia i la buena política aconsejaban emplear la reserva i la moderación.

A pesar de que el vicario apostólico insistió en que se obrara con rigor, el almirante perseveró firmemente en desechar cualquier procedimiento severo.

Fraí Bernardo Boil esperó la mortificación más desagradable cuando sus indicaciones no fueron acogidas como preceptos de la sabiduría.

El reverendo padre se había habituado en el claustro a que su voz fuese acatada sin contradicción.

Desde entonces cobró a Colon una mala voluntad que no pudo o no quiso disimular.

La conducta observada por el vicario apostólico en el suceso referido, suministra una presunción fuerte para rechazar una de las causas a que se han atribuido las desavenencias que hubo entre él i Colon.

Pedro Mártir de Angleria asevera en las *Decades Novi Or-*



dis que el origen de tales desavenencias fué el haber Boil reprobado los abusos i las crueldades que el almirante i muchos españoles cometian contra los indíjenas.

El modo sumario i riguroso como el vicario apostólico exijia que se tratara a Guacanagarí, no revela por cierto que hubiera en aquel fraile un defensor de los indios, un Las Casas I.

Pedro Mártir de Angleria, aunque contemporáneo, no siempre estuvo bien informado, i a veces incurrió en lijerezas.

Oviedo i Herrera asignan por causa a las contiendas entre Colon i Boil algo mui diferente que la opresion de los indíjenas.

El padre Torquemada, que sigue en esto a los dos cronistas últimamente citados, contradice ex-profeso la asercion de Pedro Mártir de Angleria.

### III

Fué tal el entusiasmo de los españoles para pasar al nuevo mundo en la expedicion de 1493, que el Almirante se vió precisado a no admitir a gran número de los que encarecidamente lo solicitaban, i que mas de trescientos se vinieron ocultos entre los fardos i la carga.

Se imaginaban que todo era llegar i cojer el oro en la tierra i en el agua, en las rocas i en los árboles.

Engañados por las visiones del deseo, se figuraban que las comarcas recién descubiertas eran algo como el paraíso terrenal ántes del pecado.

Venian con la esperanza de vivir en medio de delicias sin fatigas de ningun jénero, o por lo ménos con la de hacerse ricos i poderosos sin el menor trabajo.

La fantasía desbocada sin rienda se habia lanzado a escape por los espacios inmensos de lo apetecible i de lo prodijioso.

Pocas veces se habrán fabricado en los aires castillos mas gigantescos i mas espléndidos.

Las aspiraciones que habian concebido eran tan nuevas, como el mundo a que venian.

Cuanto mas risueñas i embriagadoras habian sido las ilusiones, tanto mas tristes i amargas fueron las realidades.

Cristóbal Colon fué uno de los pocos que permanecieron bajo la placentera influencia del primitivo encanto.

Todo lo que veía, le estasiaba.

Todo le hacia adivinar i esperar mas estupendas maravillas.

Al primer aspecto, la tierra le pareció mas hermosa que cualquiera otra de las calentadas por el sol.

Contempló lleno de interes i verdaderamente arrobado, la rapidez con que nacieron i crecieron algunos granos de trigo que se sembraron, i aquella con que brotaron i se desarrollaron algunos sarmientos de vid, i algunas cañas de azúcar que se plantaron.

Algunos granos de trigo habian producido doradas espigas a los sesenta i tantos dias de haber sido arrojados en la tierra.

Algunos sarmientos habian tenido pámpanos brotados a los siete dias de plantados, i agraces a los veinticinco.

Colon habia considerado aquella estraordinaria fertilidad el presajio de la opulencia que estaba reservada en el porvenir a la naciente colonia.

La Andalucía i la Sicilia, esos bien repletos graneros de la Europa, no hacian mengua a la Española.

El almirante se lisonjeó de notar en solo las orillas de la mar, sin haber entrado en el interior de la isla, rastros i jérmenes de especería.

Para colmo de contentamiento, dos de sus compañeros, Gorbalan i Ojeda, afirmaban haber descubierto en una rápida incursion, rios cuyas arenas estaban atestadas de pepas de oro.

«Los que las vieron e cojieron solamente con las manos por muestra, referia Colon en una carta fecha 30 de Enero de 1494, vinieron tan alegres, i dicen tantas cosas de la abundancia dello, que yo tengo empacho en las decir i escribir.»

Aquello era la renovacion de la edad de oro cantada por los poetas antiguos.

Era la realizacion de una égloga de Virjilio o de una oda de Horacio.

Por desgracia, ese idilio poético i delicioso existia solo en la mente de Cristóbal Colon; pero nó en la efectividad de los hechos.

Podía ser la imájen de la colonia futura; pero no era la de la presente.

El jenio podía percibir, en la lontananza oscura de lo que había de suceder, todas esas bondades i todas esas grandezas.

El vulgo se limitaba a verificar las dolorosas miserias de la situacion actual.

El almirante habia trazado en el terreno la planta de una poblacion que debia proporcionar a los españoles las defensas de que habían menester contra la naturaleza i contra los indíjenas, i las comodidades a que se hallaban habituados.

Pero todo estaba todavía reducido a algunas líneas i a algunas estacas.

Faltaba mucho para que aquello fuese una ciudad.

Miéntras tanto, los españoles se habian alojado provisionalmente en chozas de caña i de paja, propias de bárbaros, donde se veian sujetos a las mayores molestias i privaciones.

Un clima caloroso i húmedo causaba una laxitud enervante que arrebatava el vigor al cuerpo i la enerjia al ánimo.

I esto sucedia precisamente cuando los españoles habrian debido desplegar una extraordinaria actividad para instalarse en una rejion ignota, cuyas peculiaridades les eran extrañas.

Tenian que explorar el país; que construir los edificios de Isabela; que proveer a su manutencion.

Es esta la oportunidad de dar a conocer un contratiempo, fácil de haberse evitado, que habia venido a agregarse a tantos otros.

Cuando se habia tomado razon de las provisiones traídas de España, se habia reconocido con una sorpresa i un disgusto muy comprensibles, ser ellas malas por la calidad i escasas por la cantidad.

La codicia vituperable de los abastecedores habia orijinado un fraude tan indigno como dañoso.

El almirante se apresuró a almacenar bien i con cuidado en las chozas, los víveres de que podia disponer.

El inventario de esos artículos no era ni variado, ni largo.

A los dos meses, se habian agotado enteramente el azúcar, el arroz, la miel, las almendras, las pasas.

La cantidad de bizcocho i de tocino que quedaba, era en estremo diminuta.

Habia alguna de harina, i una mayor, aunque no considerable, de trigo.

Los toneles de vino, a causa de la mala construccion, se habian derramado en gran parte durante la navegacion, i habian llegado vacíos o casi vacíos.

Colon temblaba de que las chozas de paja, donde se hospedaba la jente, i donde se guardaban las provisiones, desapareciesen a la hora ménos pensada.

Los indíjenas, que cada dia se manifestaban mas amistosos i pacíficos, iban i venian en gran número por entre las habitaciones.

El almirante, deseoso de atraérselos por el buen tratamiento, no reputaba político mostrarles desconfianza e impedirles la entrada.

Sin embargo, no se le ocultaba que un indio cualquiera, por malicia, o sin ella, podia incendiar con un pequeño tizon aquel conjunto de ranchos, i entregar al fuego todos los bastimentos, infligiendo a los españoles el suplicio del hambre.

Para precaver este riesgo, habia apostado guardias, a quienes recomendaba la mas minuciosa i constante vijilancia.

Semejante estado de cosas, tolerable en los primeros dias que siguieron al desembarco, no podia prolongarse.

Con el propósito de poner fin cuanto ántes a esta situacion precaria i amenazante, Cristóbal Colon activó la fabricacion de una ciudad sólida i bien arreglada.

Se hallaba en la obra, cuando sobrevino una calamidad inesperada i terrible.

A consecuencia de la variacion de clima, i de la escasez del alimento, los europeos empezaron a ser atacados por fiebres aniquiladoras, que debilitaban las fuerzas de los cuerpos, i llevaban la flaqueza a los ánimos.

Estenuados por la enfermedad, carecian de brios para moverse, i mucho mas para trabajar.

Sentian materialmente que la vida los iba abandonando.

Aquellos hombres que habian dejado los regalos i dulzuras de la patria por venir en busca del oro, habian hallado, en vez

del codiciado metal, una dolencia abrumadora que los arrastraba al aniquilamiento i a la muerte.

Como si la naturaleza hubiera querido estampar en sus rostros la causa que los precipitaba a la perdicion, tomaban, mediante el maléfico influjo de la epidemia, la amarillez del azafran.

Fueron tantos los dolientes, que el médico Chanca alcanzaba apenas a asistirlos, i que en breve tiempo, se concluyeron todas las medicinas.

El mismo Cristóbal Colon no pudo libertarse del azote, que le tuvo postrado en cama por varios dias.

Para mayor desgracia, la peste acometió de preferencia a los que se ocupaban en las construcciones de Isabela, o a los que emprendian exploraciones por la isla.

En medio de tamaños desastres, el almirante no perdió ni la serenidad ni la entereza.

Aquel que habia sabido superar tantos obstáculos para descubrir el nuevo mundo, no desmayó delante de los que se le presentaban para establecerse en él.

Persuadido de que, si se queria la prosperidad de la colonia, era indispensable continuar a toda costa los trabajos emprendidos, declaró que los hidalgos mismos debian pagar una contribucion de servicio personal en las obras públicas.

Semejante disposicion orijinó, como se concebirá, un descontento furioso entre los interesados.

Segun vociferaban, solo un advenedizo como Colon podia tener la insolencia de imponer a nobles castellanos el trabajo forzado.

En lugar de atender a pretensiones tan injustificables, el almirante se vió obligado a aumentar las tareas de los individuos que apelaban a la calidad de hidalgos para disimular la de holgazanes.

El calor i la humedad echaron a perder una gran parte de la provision de harina.

Los colonos estuvieron entónces precisados a moler el trigo a mano.

Como esta operacion fuera mui engorrosa, Colon determinó que se construyeran un molino para fabricar harina, i un horno para cocer pan, los cuales perteneciesen al público.

La realizacion de tales obras impuso a los hidalgos labores mas numerosas.

Aquella jente de sangre azul no se conformaba con que se la obligase a levantar por sí misma un templo en que adorar a Dios, un almacen en que guardar los víveres, casas en que albergarse, oficinas en que elaborar el alimento.

Exijian que los villanos, aunque enfermos o convalecientes, fueran los que trabajaran en provecho de ellos.

Los hidalgos habian venido al nuevo mundo únicamente a recojer oro.

Habiendo el almirante osado atentar contra el privilejio de la ociosidad que ellos reclamaban por título de nacimiento, murmuraron por lo bajo, protestaron en alta voz, conspiraron.

Cristóbal Colon permaneció inquebrantable en su resolucion.

En concepto suyo, aquel que no trabajaba no tenia derecho para pedir de comer.

Opuso una inflexible fortaleza de ánimo a las murmuraciones, a las protestas, a las conspiraciones.

Contestó a las hostilidades de palabra, con razones; i a las de hecho, con providencias mas o ménos severas.

Remitió a España, para que fuesen énjuiciados, a algunos de los alborotadores.

Castigó en la isla a otros.

Si hemos de aceptar el testimonio de Oviedo, el Almirante hizo azotar a unos i ahorcar a otros, contándose entre los últimos el aragones Gaspar Ferriz.

El vicario apostólico frai Bernardo Boil, disgustado ya con Colon por la induljencia para con Guacanagarí, tomó abiertamente partido en favor de los descontentos i díscolos.

Teniendo mui a mal que el almirante no se sujetara a su direccion, no reparaba en reprobarle sin embozo i con grande acritud, tildándole de excesivamente riguroso, i aun de cruel.

El soberbio vicario no se detuvo en esto.

Como viese que sus observaciones no eran acatadas, i como le desagradasen algunas de las medidas dictadas por el Almirante para castigar la desobediencia i la rebelion de los hidalgos holgazanes, el padre Boil fulminó el entredicho e hizo suspender los oficios divinos.

Aunque Cristóbal Colon fuese sobremanera respetuoso con los eclesiásticos, i aunque fuese devoto i timorato en materias de relijion, no se dejaba engañar, i mucho ménos burlar.

Aquel varon insigne distinguia perfectamente lo que era de Dios i lo que era del César.

—El reverendo vicario apostólico ha tenido por conveniente poner la Isabela en entredicho, dijo, cuando supo la providencia del padre Boil. Está bien. Si el representante de la autoridad eclesiástica puede privarnos de alimento espiritual, el de la autoridad real puede quitar a Su Señoría el alimento material. Así lo haremos.

Efectivamente, Colon ordenó que, miéntras durara el entredicho, no se diera racion, ni al padre Boil ni a los demas sacerdotes.

Todo se ejecutó como el almirante lo habia mandado.

El padre Boil se encontró mui contrariado al experimentar que podia aplicarse a las censuras eclesiásticas un antídoto que no habia leído en sus libros.

La alternativa era en extremo dura.

O tenia que levantar el entredicho, o que perecer de inanicion.

Don Pedro Margarit, caballero catalan, amigo de Boil, i que a la sazón tambien lo era de Colon, intervino para reconciliar al almirante i al vicario.

Algunas otras personas de alta importancia se entrometieron igualmente en el asunto.

Ello fué que el vicario se resignó, aunque con profundo sentimiento, a levantar el entredicho.

En compensacion, Colon ordenó que volvieran a darse raciones a Boil i a los demas sacerdotes.

Este resultado, que abatió el orgullo del prelado, aumentó la enemistad que tenia al almirante.

#### IV

La colonia, en vez de prosperar, esperimentó cada dia nuevas i mayores calamidades.

Habria podido suponerse que una maldicion pesaba sobre ella.

Si aquella serie de desastres hubiera empezado, no ántes, sino despues del entredicho, no habria faltado quien sostuviera que ella era el efecto de la cólera divina.

A pesar de las bien concebidas precauciones adoptadas por Colon, las provisiones traídas de Europa habian seguido menoscabándose rápidamente, tanto por el consumo natural, como por la deterioracion proveniente del clima.

Los almacenes, o estaban ya notablemente vacíos, o contenian muchas especies averiadas.

Viéndose amenazados por la penuria, los españoles, como era propio que sucediese, procuraron reemplazar los alimentos europeos con los frutos que los indíjenas tenian acopiados para sí mismos; pero estos frutos eran mui tasados, i así no tardaron en disminuirse tambien hasta el punto de ser sobre manera dificultoso el proporcionárselos.

No obstante que en tal apuro recurrieron a las yerbas, a las raíces i a las producciones espontáneas de la tierra, todo aquello no bastó para suministrarles el alivio de que habian menester.

Impulsados por la necesidad, los españoles hambrientos, junto con hartarse de vegetales, como las bestias; no retrocedieron ante saciar su apetito con la carne de unos perros parecidos a los gozques de Castilla, pero que tenian la peculiaridad de no ladrar i de ser mudos.

Los indíjenas los apreciaban mucho, porque les servian para cazar otros animales.

A pesar de que estos representantes americanos de la raza canina abundaban en la isla, los españoles los consumieron todos, hasta no dejar uno.

I tuvieron razon para ello, si, como lo afirma Oviedo, que la gustó, la carne de los tales perros era un buen manjar.

En Nicaragua, segun el autor citado, los naturales reputaban esta comida la mas sabrosa.

La cabeza de uno de estos perros era bocado de cacique.

Agotados los gozques de la Española, los castellanos, arrastrados por el imperioso aguijon del hambre, se sirvieron de los perros que habian conducido consigo para hacer una batida jeneral contra los demas cuadrúpedos de la isla.



Estos cuadrúpedos eran de cuatro clases, que se diferenciaban por el tamaño i por los colores de la piel: los quémis, los hutías, los mohuis i los coris. Los primeros se asemejaban a sabuesos medianos; i los otros, a conejos.

Los indíjenas comían la carne de todos ellos.

Los caciques, especialmente, la del mohui, alimento mui estimado.

¡Qué no tragaban aquellos bárbaros!

No debemos estrañar que los que se deleitaban con la carne humana, encontrasen apetitosa la de aquellos animales.

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto fué que los castellanos tambien la consideraron esquisita.

¿Tal calificación era merecida?

¿O era solo una ilusión del hambre?

No tengo datos para resolverlo.

Los europeos se comieron todos, o casi todos los quemis, hutías, mohuis i coris que habia en la Española, como se habian comido todos o casi todos los gozques, mudos de la misma isla.

Solo por casualidad escapó al apetito voraz de los invasores algun ejemplar de esas especies en los escondrijos mas apartados.

Todos los demas fueron asados o cocidos, i por supuesto devorados.

Los españoles se habrian dado por mui favorecidos, si siempre hubieran tenido a la mano para satisfacer su necesidad algun quemí, algun hutía, algun mohui, algun cori; pero habian de verse reducidos a echarlos ménos.

Cuando esas cuatro clases de cuadrúpedos se extinguieron, o fué en extremo difícil descubrir alguno de ellos, los castellanos, ingratos a sus servicios, se comieron de uno en uno los perros que habian traído de España, i con cuyo auxilio habian dado caza a los otros animales.

Pero esos perros, que no eran muchos, se concluyeron igualmente.

¿Qué hacer en semejante aflicción?

¿Cómo alimentarse?

El hambre hace arremeter por todo.

Para él, no hai ni repugnancias, ni monstruosidades.

Habia en la Española unos lagartos espantosos, grandes i pequeños, que vivian ya en el agua, ya en la tierra.

Los castellanos dudaron si los clasificarian entre los reptiles, o entre los pescados.

Pero lo que sabian demasiado era que por el aspecto aparecian mui bravíos, i sobre todo, en extremo asquerosos.

Al principio pensaron que sería riesgoso esponerse a la embestida de unas bestias tan feroces, las cuales se presentaban armadas en la boca con dos dientes agudos, i en el espinazo, con una cresta de espinas erizadas a guisa de sierra.

Sin embargo, pronto averiguaron que aquel aparato tan terrible era solo aparente, pues los indios atrapaban estos animales con bastante facilidad.

Pero ¿qué hacian con ellos?

¡Se los comian!

Solo oírlo causó náuseas a los españoles.

El conocimiento de un uso que reputaron el mas asqueroso, los confirmó en la idea de que no podía haber en el orbe creado otra jente tan puerca, como aquellos isleños, que paladeaban tal inmundicia.

Miéntras tanto, no habia ya ni quemis, ni hutías, ni mohuis, ni coris, ni perros.

A pesar de la repugnancia que experimentaban, algunos españoles mas urjidos del hambre se resolvieron, arremetiendo por todo, a comer como los indios aquellos anfibios que les habian parecido tan repelentes.

A falta de algo mejor, pillaron uno de los monstruos mencionados, que se asemejaba a un dragon.

Inmediatamente lo cuartearon.

Se ofreció entónces a sus ojos un espectáculo que los hizo retroceder de espanto.

Los pedazos separados unos de otros siguieron palpitando, como si tuvieran vida.

Los castellanos supusieron que este estraño fenómeno no tuviera larga duracion, i permanecieron aguardando que cesara de un momento a otro.

Pero se prolongaba, i no concluia.

Ensayaron cocer uno de aquellos pedazos vivos, i asar otro. El uno continuó palpitando en la olla, i el otro sobre las brasas.

Los cazadores de lagartos, por necesitados que estuviesen, no osaron probar de una carne que talvez iba a prolongar en sus estómagos una existencia propia e independiente.

Sin embargo, el hambre arreció, i no habia con qué satisfacerla ni medianamente.

Los castellanos se confirmaron en que los indíjenas saboreaban la carne de aquellos animales rechazantes, i la dijieran sin inconveniente.

Cojieron de nuevo otros lagartos de diversos tamaños.

Así tuvieron ocasion de observar que los trozos descuartizados continuaban palpitando cuatro, cinco o mas horas; i que esto sucedia aun cuando se pusieran al fuego, hasta que el grado de calor llegaba a ser bastante elevado.

Cuando se cercioraron de que la carne de aquellos animales, llamados yuanas, dejaba de vivir, sea por el trascurso del tiempo, sea por un grado suficiente de calor, se resolvieron a gustarla, i la encontraron tan apetitosa, como la de los conejos de Jarama.

Fué una felicidad para los invasores, pues sin esto habrian perecido todos.

Escusado es advertir que los colonos de la Española variaban sus festines demasiado primitivos, devorando tambien culebras, lagartijas i otras alimañas de ínfima clase.

Esta manutencion escasa e inusitada introdujo en el organismo de los que la empleaban, los jérmenes mas nocivos.

En el tiempo que siguió inmediatamente a su arribo, los castellanos caian enfermos en gran número.

En aquel de que voi hablando, debe decirse, nó que enfermaban, sino que morian en igual cantidad.

Al principio, solo sufrían los estranjeros.

Despues, el hambre i la epidemia se estendieron a los indíjenas mismos.

Hai cronista que asevera haber fallecido la mitad de los cristianos.

No falta quien haga subir ese número hasta los dos tercios.

Los indios muertos fueron tantos, que no podían contarse.

Como quedasen muchos botados en el campo, sin ser enterrados, el hedor en diversos lugares era insoportable, i contribuía a inficionar el aire.

Las calamidades que he mencionado duraron varios meses.

El porvenir brillante que el jenio de Colon divisaba a lo lejos, formaba un triste contraste con un presente mui sombrío.

He leído en una antigua crónica, contemporánea del descubrimiento, un incidente poético i espresivo, que nos permite coleccionar cuál fué el extremo de miseria a que los españoles se vieron reducidos.

Don Pedro Margarit estaba al mando de un fuerte que Colon habia levantado en el territorio de Cibao para el resguardo de unos lavaderos de oro que allí habia.

La guarnicion que se le habia confiado, era de treinta hombres.

Los moradores del fuerte no tardaron en padecer las mismas dolencias, las mismas hambres, las mismas muertes que sus compatriotas de Isabela.

La situacion de los individuos de aquel puesto aislado llegó aun a ser incomparablemente peor que la de los de la ciudad.

Los últimos eran siquiera bastante numerosos para ausiliarse i hacer correrías en busca de provisiones; miéntras los del fuerte se veian recargados de tareas, i obligados a no moverse so pena de correr riesgos que la prudencia aconsejaba evitar.

Muchos de los compañeros de Margarit enfermaron i aun varios perecieron de cansancio i de necesidad.

Este jefe mismo perdió completamente la salud.

Se hallaba tan debilitado, que solo se mantenía en pié, sacando fuerzas de flaqueza.

El estado de las cosas era angustiador.

En tales circunstancias, se apareció en el fuerte un indio que llevaba de regalo a Margarit dos tórtolas vivas.

La vista de las dos avecillas causó una alegría jeneral.

Margarit, despues de dar las gracias al indio, correspondió su precioso obsequio con otro de un collar de cuentas.

Toda la guarnicion se habia agrupado en torno del jefe a fin de contemplar a su sabor las dos tórtolas.

Margarit las acariciaba instintivamente con la mano.

Se las acercó a las narices, como si exhalaran un rico perfume.

Colocó aun los labios sobre sus plumas.

Es preciso no olvidar que Margarit i los otros que estaban con él espermentaban un hambre furiosa.

— Camaradas, dijo Margarit, estas avecillas son demasiado pequeñas para que todos nosotros podamos comer de ellas.

— Es cierto, respondieron varias voces.

— Aun cuando fuera yo solo quien las comiese, prosiguió Margarit, tendria alimento a lo mas para un dia.

— Pero en fin, interrumpió uno de los circunstantes, Vuestra Merced comeria un dia, i esto es algo. Ya que no hai para todos, remédiese Vuestra Merced, que se encuentra mas enfermo, i que lo ha menester mas que ninguno.

— ¡Sí! ¡sí! repitieron todos en coro. El que debe comerlas, es Vuestra Merced.

El destino de las dos tórtolas habia llegado a ser un asunto de la mas alta importancia.

Margarit miró conmovido a los participantes de su infortunio.

Conservaba las dos tórtolas delicadamente asidas con ambas manos.

— ¡Plegue a Dios que no se haga nunca como decis! exclamó Margarit con acento grave i enternecido. Puesto que me habeis acompañado en el hambre i en los trabajos, quiero en cuanto a mí acompañaros en ella i en ellos, i estar con vosotros en la vida i en la muerte, ya sea que todos perezcamos de miseria, ya sea que la Misericordia Divina se sirva socorrernos.

I diciendo estas palabras, soltó las dos tórtolas, que, gozosas, tendieron el vuelo hacia el cielo, i se alejaron.

Aquellos rudos aventureros espresaron su gratitud i su admiracion con un grito de entusiasmo.

Inmediatamente despues, apartando los ojos de su jefe, los fijaron en las tórtolas, hasta que las perdieron de vista.

— La jentileza de nuestro capitan, dijo entónces uno de los soldados, enjugándose una lágrima con el reverso de la mano, nos ha dejado mas contentos, i mas hartos, que si a cada uno nos

hubiera dado las dos avecillas para que satisficiéramos nuestro apetito.

I así era lo cierto.

Ninguno de aquellos hombres intentó abandonar a Margarit en medio de las privaciones i tormentos que continuaron soportando.

Mui distinta de la de su paisano i amigo, fué la conducta que frai Bernardo Boil observó en medio de la angustia jeneral.

El almirante se vió precisado a disminuir a todos sin excepcion las raciones que se distribuian.

El vicario tuvo a mal que no se reservase para él i para sus allegados una porcion de víveres tan crecida como pensaba que debia dárselos.

Por motivo de esto, entró en contestaciones con Colon, las cuales se fueron agriando hasta ir a parar en un rompimiento.

El vicario lanzó una censura contra el almirante.

Declaró a Isabela en entredicho.

Suspendió los oficios divinos.

Cristóbal Colon no se intimidó.

—El vicario, dijo, ha tenido a bien hacer un uso mui riguroso de sus facultades. Esto me obliga a imitarle. Su Reverencia suspende las oraciones; yo le suspendo las raciones hasta que restablezca las cosas al estado normal.

I Colon lo hizo como lo decia, i como lo habia ejecutado en una ocasion anterior.

Frai Bernardo Boil, que se habia enfadado tanto con la mera disminucion de las raciones, se irritó en extremo con la supresion completa de ellas.

Sin embargo, con un gobernante como Cristóbal Colon, que habia sabido hacerse obedecer, no solo de los hombres sino tambien del océano, el iracundo prelado no descubrió arbitrio de evitar el tremendo dilema.

O se sometia;

O se moria de hambre.

El bello ideal del vicario habria sido recibir racion entera i abundante, cuando ni los enfermos, ni los moribundos la tenian.

Pero como el arbitrario i despótico Colon no consentia en ello, el padre Boil tuvo a su despecho que conformarse con el

*modus vivendi* a que le reducía la impiedad de uno que, andando el tiempo, había de ser propuesto para santo.

A trueque de recibir racion diminuta, ya que con los rayos eclesiásticos no había logrado que se la diesen abundante, levantó la censura i el entredicho.

Parece que este juego entre Colon i Boil se renovó diferentes ocasiones.

«Así como el almirante hacia alguna cosa de las que es dicho, refiere un cronista contemporáneo, aquel padre le iba a la mano, e tornaba a poner entredicho, e hacer cesar las horas e oficios divinos; el almirante tambien tornaba a poner su estanco i entredicho en los bastimentos, e no consentia que le fuesen dados al fraile ni a los clérigos, ni a los que lo servian».

En cada una de estas contiendas, el triunfo definitivo quedaba a Cristóbal Colon.

A consecuencia de estas rebeliones, i de las sumisiones forzadas que les ponían término, el odio del vicario al almirante había llegado a ser furioso.

## V

Al poco tiempo de haber arribado a la Española, frai Bernardo Boil había escrito a los reyes católicos ser inútil una mas larga permanencia suya en la isla, pues a causa de no entender la lengua de los indíjenas, no podía doctrinarlos.

Los reyes le contestaron que hiciera esfuerzos para aprender el idioma del país, a fin de que tuviera la gloria de enseñar el Evangelio en el nuevo mundo.

El padre Boil no se sentía con vocacion ni de apóstol, ni de mártir.

Así no obedeció a las insinuaciones de los soberanos.

Lo que deseaba era, nó convertir infieles, sino verse libre de privaciones, i hacer experimentar a Colon que había hecho mui mal en no respetar sus dictámenes, i en obligar por hambre a un prelado a que levantara censuras i entredichos.

No tardó en presentársele oportunidad de realizar el proyecto que había concebido de abandonar la colonia.

Mientras el almirante salía a hacer descubrimientos por el

mar vecino, encargó a don Pedro Margarit que practicara incursiones i esploraciones por ciertas rejiones de la isla.

En lugar de cumplir estas instrucciones, aquel capitán se ocupó en saquear i vejar a los indios hasta reducirlos a la desesperacion, i en entregarse, tanto él, como sus soldados, al mas desenfrenado libertinaje.

En estas disoluciones, contrajo la enfermedad que se denomina ahora sífilis, i se llamaba entónces bubas.

La licencia de Margarit i de sus soldados llegó a tanto, que las autoridades de Isabela trataron de reprimirla; pero Margarit hizo ostentacion de desobedecerlas i de burlarlas.

Cuando presumió que el almirante podia regresar de un dia a otro, aquel caudillo, reo de criminal insubordinacion, i abandonado a los vicios, resolvió volverse furtivamente a España, sea que estuviera hastiado de la existencia aventurera, sea que temiese recibir el castigo que merecia.

Efectivamente, habiéndose apoderado de unos buques surtos en la bahía, se embarcó para la Península con otros descontentos i díscolos, entre quienes se contaba frai Bernardo Boil.

Así desertaron de los puestos que se les habian confiado, aquel militar i aquel sacerdote.

Los dos emplearon las amistades i el valimiento que tenian en la corte para acusar i malquistar a Cristóbal Colon.

Hablaron tanto, e intrigaron tanto, que obtuvieron su vituperable propósito.

Los reyes enviaron a Juan de Aguado como comisario real para pesquisar los procedimientos del almirante.

La arrogancia i el descomedimiento con que éste desempeñó su encargo, i el deseo de justificarse personalmente ante los soberanos, indujeron a Colon a volver a España.

Habia envejecido notablemente.

No se cortaba la barba, que le habia crecido mucho.

Su venerable rostro tenia ese color amarillo con que las enfermedades, el hambre, los padecimientos de todo jénero habian marcado a los colonos de la Española.

En lugar del brillante traje de la época, usaba un pobre hábito de fraile francisco.



Llevaba públicamente atada a la cintura la cuerda de la orden seráfica.

Por cierto, no era aquel el atavío que correspondía al ilustre almirante descubridor de las Indias Occidentales.

Pero la ingratitud de los hombres había fomentado el misticismo injénito de Colon, que, desengañado de todas las pompas i glorias terrenales, no quería pensar mas que en Dios.

Sin embargo, por mas esfuerzos que hicieron en contra suya Margarit i Boil, no lograron arruinarle en el concepto de los monarcas a quienes había dado un mundo.

La reina Isabel, en especial, demostró a Colon la mas delicada predileccion.

Ni ella, ni su marido hicieron delante de Colon la mas remota alusion a las murmuraciones i recriminaciones de Margarit i de Boil.

Aquellos malévolos maquinaron a pura pérdida contra el insigne navegante.

Los reyes católicos, no solo ratificaron i aumentaron las gracias i mercedes concedidas a Colon, sino que le suministraron recursos para una tercera expedicion.

La reina Isabel hizo todavía mas.

Insistió en que solo se permitiera a los castellanos pasar a la América.

No mas aragoneses, no mas catalanes.

—Como debe atenderse a que no vuelvan a alborotar esas tierras, dijo doña Isabel segun el cronista Herrera, otros Boil i otros Margarit, quiero que todos los que vayan allá sean mis súbditos a fin de tenerlos mas a la mano para castigarlos si delinquen.

Ignoro cuál fué la suerte de don Pedro Margarit.

Probablemente las bubas se lo llevaron a la sepultura.

El cronista Oviedo dice que le conoció en España sumamente enfermo, i en un continuo quejarse.

En cuanto a frai Bernardo Boil, murió de obispo de Jerona.

Antes de concluir, me propongo completar este ensayo con la noticia de un incidente literario que es mui curioso.

He hablado anteriormente de la *Historia de Cristóbal Colon*

*i de sus viajes* escrita en frances por Mr. Roselly de Lorgues, para sostener que su héroe debe ser canonizado.

El autor recordado censura severamente, como lo hacen casi todos los que han escrito acerca de esto, la conducta del padre Boil.

Sin embargo, Mr. Roselly de Lorgues se encontró colocado en una situacion embarazosa para un defensor tan fervoroso como él de las excelencias eclesiásticas.

No podia aceptar que el santo Cristóbal Colón hubiera cometido una tropelía contra un prelado.

Por otra parte, le molestaba que un vicario apostólico hubiera tenido una comportacion irregular, por no calificarla mas rigurosamente.

Para evitar este conflicto, ha apelado a un arbitrio atrevido e ingenioso, pero que tiene el gravísimo inconveniente de fundarse en una inexactitud.

Segun Mr. Roselly de Lorgues, frai Bernardo Boil fué un vicario apostólico, no lejítimo i verdadero, sino suplantado i apócrifo.

«La gracia evanjélica, dice Mr. Roselly de Lorgues con edificante uncion, no habia sido otorgada por Dios al padre Boil. El espíritu de fuerza i de verdad que consagra el apostolado no pudo descender sobre el catalan diplomático, porque en realidad no fué a él a quien designó el jefe de la iglesia como su vicario apostólico en las Indias. Lo atrevido de nuestro aserto talvez sorprenda i parezca temerario; pero no obstante, lo sostenemos, pues debemos esclarecer en pro de la verdad, de la dignidad de la iglesia i de la justicia humana este singular acontecimiento, tenido hasta hoy en la oscuridad mas profunda por los cronistas, incluso los mismos españoles.»

Veamos cómo el autor demuestra la efectividad de un hecho que, si fuera cierto, seria mui particular i estraño.

Los reyes católicos presentaron a la santa sede para vicario apostólico en el mundo recién descubierto a frai Bernardo Boil, catalan, fraile benedictino.

Acerca de este punto, no cabe la menor duda, segun Mr. Roselly de Lorgues.

El papa Alejandro VI, alumbrado por el Espíritu Santo, conoció que tal designacion no era acertada.

Para enmendar el error en que incurrian los reyes don Fernando i doña Isabel, nombró vicario, nó al benedictino *Boil*, sino a *frai Bernardo Boyl, provincial de franciscanos en España*.

Mr. Roselly de Lorgues ha descubierto en el archivo secreto del Vaticano la bula orijinal del nombramiento, la cual espresa el nombre del titular, nó en el cuerpo de ella, sino al márjen, en la direccion.

El tenor literal de esa direccion es el que sigue, segun testimonio espedido en 7 de Febrero de 1851 por el archivero pontificio Marino Marini.

«Dilecto filio Bernardo Boyl fratri ordinis minorum vicario dicti ordinis in Hispaniarum regni.»

Es evidente que se trataba de dos personas distintas, observa regocijado Mr. Roselly de Lorgues.

Los nombres de bautismo eran comunes; i tambien los apellidos, pero con la diferencia de que el uno se escribia con *i*, i el otro con *y*.

Ademas, el Boil presentado por los reyes católicos era benedictino; i el Boil nombrado por el papa era franciscano.

Los reyes de España no se fijaron en la sustitucion; e inocentemente comunicaron el nombramiento al Boil con *i* latina presentado por ellos, quien tambien inocente e inadvertidamente fué a ejercer un cargo que el pontífice no le habia encomendado.

Debe tenerse presente que Mr. Roselly de Lorgues supone, pero no sabe, que haya existido un franciscano Boil con *y* griega.

Tenemos, pues, esplicado, segun el autor citado, cómo pudo suceder que un vicario apostólico fuese un mal prelado.

«En vano son las estratajemas contra el espíritu de la iglesia, escribe triunfante Mr. Roselly de Lorgues. Hasta hoi la sutileza de los hombres no ha podido vencer la fuerza que descende de lo alto. La bula del santo padre no llegó a su destino, i ya hemos visto el resultado. Si hubiera permanecido penetrado del espíritu de su regla, el benedictino Boil hubiera podido edificar a su comunidad, al par que servir a España con su habilidad diplomática; pero investido tan solo por orden del rei de

una mision espiritual, usurpando, aunque inocentemente, poderes que habia destinado a la órden de San Francisco el soberano pontífice, ni recibió el ausilio invisible que los hubiera fecundado, ni poseyó su eficacia, ni su poder. Antes, al contrario, con sus mal adquiridas atribuciones, saliéndose de su vocacion i de su carácter, colocándose fuera del lugar que la iglesia queria que ocupara, desfalleció i cayó en un abismo. Miétras que su título de vicario apostólico le obligaba a dar ejemplos de valor, de abnegacion, de tierna caridad i de constancia en los momentos de prueba, se mostró apático i cobarde, misionero sin virtud, sacerdote sin dignidad, ciudadano sin obediencia, deshonor de su órden, haciéndose eco de la maledicencia i consejero de conspiradores, hasta que al fin unió con ignominioso lazo la desercion civil a la desercion relijiosa.»

Sea en hora buena.

Mr. Roselly de Lorgues puede escribir del padre Boil quanto mal crea en conciencia; pero aquello de que fué un vicario apostólico supuesto, i nó lejítimo, es inexacto.

Los que participen de las opiniones del citado autor frances, tienen que buscar otra causa para esplicar las faltas i abusos del referido prelado.

Frai Bernardo Boil vino a la Española con auténtica delegacion pontificia.

La primera de las razones en que Mr. Roselly de Lorgues apoya su temeraria aseveracion no merece refutarse. La simple presencia de una *z* latina i de una *y* no altera en castellano la identidad de un nombre. Esas dos letras son equivalentes, mui especialmente en la ortografía antigua.

La segunda de las razones alegadas es mas especiosa.

Efectivamente casi todos los historiadores dicen que el padre Boil era benedictino, i nó franciscano.

Sin embargo, fué lo uno i lo otro.

Esta sencilla observacion derriba todo el castillo de naipe levantado con tanto estrépito por Mr. Roselly de Lorgues.

No se necesita ir a los archivos de España para comprobar este hecho.

Podemos hacerlo sin salir de Chile, donde por desgracia escasean tanto los libros i los documentos.

Existe en la biblioteca Egaña un volúmen en latin que lleva este título:

*Fasti Novi Orbis*

Su autor es don Ciriaco Morelli, presbítero ex-profesor de la Universidad de Nueva Córdoba en Tucuman.

Allí se lee relativamente a nuestro personaje:

Hic est Bernardus ille Buil, seu Bouil, ex-benedictino monacho Montis Serrati fartus de ordine minimorum.

«Este es aquel Bernardo Buil o Boil, que despues de haber sido fraile benedictino, pasó a la órden de los menores.»

El mismo Morelli agrega mas adelante hablando siempre de Boil:

Illud est certum, dum oceanum trajecit, jam mutasse cucullum.

«Es cierto que, cuando (Boil) atravesó el océano, ya habia variado de capucha.»

Así se comprenderá por qué Alejandro VI se dirijia al *franciscano* i nó al *benedictino* Boil.

La delegacion pontificia no salvó, pues, al vicario Boil de cometer deslices mas o ménos graves.

Esto no tiene nada que deba sorprender.

Por desgracia, todos somos pecadores: los legos, tanto como los eclesiásticos; los simples sacerdotes, tanto como los vicarios, los obispos, los arzobispos, los cardenales, los papas.

Si no lo supiéramos, nos lo enseñarian esas láminas representativas del purgatorio i del infierno, donde aparecen confundidos en el castigo temporal o eterno los individuos de todas las jerarquías sociales, los mendigos i los magnates, los guerreros i los comerciantes, los filósofos i los pontífices.

La fragilidad humana no tiene excepciones.

Santiago, diciembre de 1878.

† MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua.

